

Jean-Marie Brohm, Pierre Bourdieu
Eric Dunning, Jennifer Hargreaves,
Terry Todd, Kevin Young.

**MATERIALES DE
SOCIOLOGIA DEL DEPORTE**

**EDICION E INTRODUCCION DE
JOSE IGNACIO BARBERO**

LAS EDICIONES DE

La Piqueta

«Genealogía del poder»
Colección dirigida por
Julia Varela y
Fernando Alvarez-Uria

Diseño Gráfico de la Cubierta:
Roberto Turégano

Dibujo de portada: *Andy Warhol*

Traducción francés e inglés por:
Toñi Suaiz Rodríguez y
José Ignacio Barbero

FAHCE Biblioteca Central
Núm. 36306
796 : 316 MAT
24/6/99.

© Jean-Marie, Pierre Bourdieu, Eric Dunning,
Jennifer Hargreaves, Terry Todd y Kevin Young

© Las Ediciones de La Piqueta

© De la presente edición: Ediciones Endymión
C/. Cruz Verde, 22
28004 Madrid

ISBN: 84-7731-159-5

Depósito legal: M-29.360-1993

Imprime: Gráficas García-Rico
María del Carmen, 30 - 28011 Madrid

INDICE

INTRODUCCION. José Ignacio Barbero	9
13 TESIS SOBRE EL CUERPO. Jean-Marie Brohm	39
20 TESIS SOBRE EL DEPORTE. Jean-Marie Brohm	47
• El nacimiento del deporte capitalista	47
• Las funciones ideológicas del deporte	50
DEPORTE Y CLASE SOCIAL. Pierre Bourdieu.....	57
• La producción de la oferta.....	58
• La lógica de la demanda: prácticas y entretenimientos deportivos en la unidad de los estilos de vida.....	74
REFLEXIONES SOCIOLOGICAS SOBRE EL DEPORTE, LA VIOLENCIA Y LA CIVILIZACION. Eric Dunning	83
PROMESA Y PROBLEMAS EN EL OCIO Y LOS DEPORTES FEMENINOS. Jennifer Hargreaves	109
• Mujeres, ocio y deporte	109
• Hegemonía, ocio y deporte	112
• Trabajo y ocio para hombres y mujeres	115
• Limitaciones en el ocio y deporte de las mujeres	117
• Imágenes de género, ocio y deporte	121
• Imágenes alternativas del deporte femenino	127

ESTEROIDES ANABOLIZANTES; LOS GREMLINS DEL DEPORTE. Terry Todd.....	133
“THE KILLING FIELD”: CUESTIONES QUE SUSCITA EL TRATAMIENTO DADO POR LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS A LOS DISTURBIOS DEL ESTADIO DE HEYSEL. Kevin Young.....	167

Introducción

José Ignacio Barbero González

El deporte, se dice con cierta frecuencia, es el fenómeno cultural más importante de la sociedad contemporánea. Este enunciado suele desarrollarse y reforzarse de distintas formas.

En primer lugar, la retórica oficial (véanse, por ejemplo, los párrafos introductorios a la Ley del Deporte, BOE, 17-10-90), presenta al deporte, en sus múltiples y muy variadas manifestaciones, como una de las actividades sociales con mayor arraigo y capacidad de convocatoria; como un elemento fundamental del sistema educativo que contribuye al mantenimiento de la salud, a corregir los desequilibrios sociales, a favorecer la inserción social y a fomentar la solidaridad; y, en fin, como un determinante importante de la calidad de vida de los ciudadanos de la sociedad contemporánea a los que ayuda a llenar su creciente tiempo de ocio de una forma activa y participativa.⁽¹⁾

(1) Este es el argumento que, con leves variaciones, se repite en casi todas las leyes y manifiestos. Como muestra, pueden verse los preámbulos de la Ley del Deporte de Cataluña (BOE, 27-4-88), de la Ley de la Cultura Física y del Deporte del País Vasco (BCA, 1988-32), de la Ley de Educación Física y Deportes de Castilla-León (BOCyL, 17-7-90). La Ley de la Cultura Física y el Deporte de la Comunidad de Madrid (BOE, 11-10-86) constituye una excepción; su “exposición de motivos” no recurre en absoluto a los mencionados enunciados filosófico-sociológicos.

Igualmente, los manifiestos de organizaciones supraestatales relacionados con la actividad físico-deportiva repiten el mismo tipo de mensajes. (Véanse, por ejemplo, la *Carta Europea del deporte para todos*, Bruselas, 1979; el *Manifiesto sobre el Deporte* del CIEPS; el *Manifiesto sobre el “Fair Play”*, del CIEPS-COI-UNESCO; el *Manifiesto Mundial sobre la Educación Física*, de la FIEP).

su lugar, junto a los juegos de palabras y los intercambios sociales (recepciones, cenas, etc.), entre las "gratuitas" y "desinteresadas" actividades que posibilitan la acumulación de capital social. La actividad deportiva, en la forma extrema que asume en los elegantes clubs de golf, tiro y polo, es un mero pretexto para encuentros selectos o, por decirlo de otra forma, una técnica de sociabilidad, como el bridge o el baile. De todos los usos sociales del cuerpo, el baile es ciertamente, dejando a un lado sus funciones socializantes, el que, al tratar el cuerpo como un signo —un signo de la propia disposición, es decir, del propio dominio—, representa la más completa realización de los usos burgueses del cuerpo: si en el baile se afirma con gran éxito esta forma de comportarse el cuerpo, quizás sea porque es reconocible sobre todo por su *tempo*, es decir, por su mesurada y autoasegurada lentitud, que también caracteriza el uso burgués del lenguaje, en contraste con la rudeza de la clase trabajadora y la impaciencia de la pequeña burguesía.

Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización

(Eric Dunning)⁽¹⁾

Existe la creencia generalizada de que vivimos una de las épocas más violentas de la historia humana. Probablemente sea apropiado decir que, al menos en las sociedades occidentales, el temor de que estamos pasando por un proceso de "des-civilización", especialmente en lo que a la violencia física se refiere, es una de las creencias dominantes de nuestro tiempo. Algunos psicólogos como, por ejemplo, Eysenck y Nias (1978, 17) aluden a lo que llaman "un conjunto de hechos aceptados" que "han ayudado a convencer a mucha gente de que la civilización en que vivimos puede estar en peligro de ser destruida por una avalancha de crímenes y violencia". Desde una perspectiva diferente, otro psicólogo, Peter Marsh, arguye que los recientes cambios han conducido a una disminución de las oportunidades de "violencia ritual socialmente constructiva" —lo que llama "aggro"— con el consecuente aumento de la violencia descontrolada y destructiva. Sirviéndose de una variación de la distinción que Erich Fromm (1977) establece entre agresión "benigna" y "maligna", Marsh afirma que se ha producido un "desplazamiento desde la "buena" a la "mala" "violencia". La gente, continúa este psicólogo, es "más o menos tan agresiva como siempre, pero la agresión se expresa de forma cada vez menos orde-

(1) Este artículo se basa en la conferencia inaugural dada por Eric Dunning el 6 de Diciembre de 1988 en la Universidad de Leicester. apareció publicado en *International Review for the Sociology of Sport*, vol. 25, nº 1. pp: 65-81. 1990.

nada y es, en consecuencia, más sangrienta". (Marsh, 1979, 142).

Marsh escribió estas líneas pensando, ante todo, en el gamberrismo del fútbol⁽²⁾, que en los últimos años ha pasado a conocerse de forma generalizada en Europa continental como "el mal inglés". Sin embargo, la preocupación en torno a la violencia creciente relacionada con los deportes no se restringe a Inglaterra, ni tampoco a la conducta de los hinchas futbolísticos.

En este sentido, Augusto Kirsh, por ejemplo, Director del Instituto Federal de Ciencias del Deporte de Alemania, escribió recientemente que "los disturbios y revueltas de los espectadores en los grandes acontecimientos deportivos son uno de los más negativos ingredientes del deporte moderno" (Hahn, Pilz, Stollenwerk y Weis, 1988, 7). En la misma línea, el periodista americano Peter S. Greenberg llegó incluso a afirmar que "... la violencia recreativa de masas nunca ha sido tan devastadora en las arenas deportivas de América" (en Yiannakis et al., 1979, 217-221). Otro periodista, el australiano Don Atyeo, hizo hace algunos años una de las afirmaciones más extremas. Según Atyeo (1979, 377), existen ciertos paralelismos entre los deportes modernos y sus equivalentes en la antigua Roma; además piensa que, como resultado principalmente de la búsqueda y exigencia de sensaciones por parte de los espectadores, se está produciendo en los deportes modernos de todo el mundo una tendencia autodestructiva hacia una mayor violencia.

Parece, pues, generalizada la creencia de que el deporte y la sociedad de nuestros días se caracterizan por unos niveles de violencia tales que ambos están al borde del colapso. ¿Cómo puede ayudar la investigación sociológica a una mejor comprensión de este complejo y controvertido tema?. Con el fin de acercarme a una respuesta a esta pregunta, voy a adoptar una vía que puede parecer

(2) Como se sabe, el vocablo inglés, frecuentemente utilizado por la prensa española, es "hooligan" (la persona) o "hooliganism" (el fenómeno). El diccionario COBUILD (Collins Birmingham University International Language Database) define al "hooligan" como "una persona joven que se comporta y actúa de forma ruidosa y violenta en los lugares públicos, normalmente acompañado de un grupo de gente similar; el término se usa mostrando desaprobación". Nosotros lo traduciremos por gamberrismo, aunque las connotaciones negativas del vocablo castellano no parecen tan fuertes. (Nota de los traductores).

a algunos un tanto indirecta. Más en concreto, voy a empezar proporcionando un breve esquema de la teoría de los procesos de la civilización elaborada por Norbert Elias (1978, 1982). Esto exigirá que trate —de una forma abreviada y, en cierta medida, excesivamente simplificadora— algunos temas sociológicos bastante complejos.

El punto central en que se basa la teoría de los procesos de la civilización es el hecho de que, entre la Edad Media y los tiempos modernos, se ha producido en las sociedades de Europa occidental un refinamiento más o menos continuo de los modales y estándares sociales, unido a un incremento de la presión social sobre las personas para que ejerzan un más estricto, previsible y continuo auto-control de sus sentimientos y conductas.

Como parte de este proceso no planificado, se ha producido un cambio en el equilibrio entre las presiones externas e internas, en favor de estas últimas y, al nivel de la personalidad, un aumento de la importancia de la "conciencia" o "super-ego" como un regulador del comportamiento. Es decir, a lo largo del proceso de civilización europeo, los estándares sociales se han interiorizado profundamente y operan no sólo conscientemente, sino por debajo del umbral de la racionalidad y del control consciente, por ejemplo, mediante la aparición de los sentimientos de culpa, ansiedad y vergüenza.

Un aspecto del proceso de civilización europeo que tiene una relevancia central para el desarrollo del deporte moderno ha consistido en el reforzamiento de la regulación normativa de la violencia y la agresión, unido a la disminución a largo plazo de la predisposición de la mayoría de la gente a obtener placer presenciando y/o tomando parte directa en actos violentos. En este sentido, Elias se refiere a una "disminución del Angriffs-lust" (1939, 263-83), literalmente a una contención de la pasión de atacar, esto es, a una domesticación del deseo y capacidad de las personas para obtener placer de la agresión a los demás.

Psicológicamente, esto ha supuesto dos cosas: en primer lugar, el "umbral de repugnancia" relativo a las matanzas sangrientas y demás manifestaciones directas de violencia física se ha situado más abajo. Consecuentemente, la gente está, en nuestros días, más predispuesta a retirarse de la presencia de tales manifestaciones de

lo que lo estaba en la Edad Media. En segundo lugar, ha implicado la interiorización, como parte del super-ego, de una prohibición más estricta sobre la violencia. Así, los sentimientos de culpa son más propensos a manifestarse allí donde dicha prohibición sea violada. Al mismo tiempo, se ha producido una tendencia —que se muestra quizá en su forma más dramática en el abandono de las ejecuciones públicas— a retirar la violencia detrás del escenario y, como parte de esto, a describir a las personas que abiertamente obtienen placer a partir de la violencia, en términos del lenguaje de la psicopatología, castigándolos por medio de la estigmatización, hospitalización, encarcelamiento o mediante una combinación de las tres.

¿Cómo puede explicarse este proceso civilizador? En el lenguaje popular, los términos “violencia” y “civilización” son comúnmente tomados como contrarios; Sin embargo, la teoría de los procesos civilizadores mantiene que la civilización a largo plazo de Occidente ocurrió de forma no intencionada, conjuntamente con las luchas violentas (de eliminación) entre reyes y otros señores feudales. Esto dio lugar a que en cada una de las emergentes naciones-estados europeas se estableciesen monopolios estables y efectivos sobre el (doble, mutuamente reforzado) principal medio de gobierno: el derecho al uso de la fuerza y el derecho de imponer impuestos.

En otras palabras, violencia y civilización, lejos de ser antagónicas, se caracterizan por formas específicas de interdependencia. Más concretamente, la civilización depende del establecimiento de un enunciado efectivo relativo al ejercicio del control monopolístico sobre los medios de violencia y esto, por su parte, facilita la pacificación interna y el crecimiento económico. Dicho brevemente, un proceso civilizador es básicamente una función de la formación del estado y del incremento de la riqueza. Finalmente, el proceso de civilización europeo ha sido un proceso dirigido por los grupos socialmente superiores y en el que los estándares han tendido a extenderse desde los niveles altos de la escala social hacia los más bajos.

Permitidme ahora examinar la evolución del deporte dentro de este marco. Como espero mostrar, las líneas maestras de este desarrollo tienden a confirmar la teoría de los procesos civilizadores tanto en lo que hace referencia a sus direcciones como a sus “cau-

sas”⁽³⁾. Comenzaré tratando brevemente, y con propósitos comparativos, los “deportes” del mundo antiguo. Posteriormente discutiré los deportes de la Europa Medieval y de los inicios de la Edad Moderna y, después, el desarrollo de lo que hemos dado en definir y reconocer hoy en día como “deporte”. Finalmente, me referiré al tema del gamberrismo en el fútbol. Dado que no dispongo de tiempo suficiente para tratar en su justa medida los complejos temas que se presentan relacionados, me ceñiré a un par de puntos básicos sobre los “deportes” en el mundo antiguo.

Tanto en el discurso académico como en la mitología popular, existe una tendencia a considerar los “deportes” de la antigua Grecia como representantes de alguna forma del *summum* de los logros del deporte civilizado. Como contraste, los “deportes” de la antigua Roma son comúnmente percibidos como una regresión a la barbarie. No deseo negar lo que fue, desde el punto de vista de los valores de nuestros días, la indudable crueldad de los “deportes” de la Antigua Roma. La brutalidad de los combates de gladiadores, las batallas simuladas y las masacres son suficientemente conocidas. Sociológicamente, estos “deportes” indican una actitud hacia la vida que era muy diferente a la nuestra. (Auguet, 1972).

Sin embargo, probablemente sea menos conocido el hecho de que la violencia de los juegos romanos no estaba restringida a los sucesos del estadio: por todo el imperio, las multitudes se comportaban, a menudo, de forma violenta. Piénsese, por ejemplo, en las facciones del circo durante las carreras de cuádrigas. Se dividían principalmente entre los “Azules” y los “Verdes”, y una indicación de su violento comportamiento la proporciona el hecho de que en

(3) En un intento de enfatizar la especificidad de las formas de determinación que son operativas en el nivel social de la realidad, Elias evita el vocablo “causas” y, en su lugar, habla de procesos de “sociogénesis” y “psicogénesis” o, alternativamente, de la “dinámica immanente de las figuraciones”. El término “inmanente” no se usa aquí con la connotación de un proceso de “evolución” “necesario” e “irreversible”, sino, simplemente, con la finalidad de destacar el hecho de que el entramado de las acciones de una pluralidad de seres humanos interdependientes tiende a producir un no-planificado, aunque al menos retrospectivamente determinable, resultado. El concepto evoca la referencia de Engels a los “paralelogramos de fuerzas” en su famosa carta a Bloch aunque, naturalmente, no tiene ninguna de las implicaciones de determinación “última” o “final” de las “causas económicas” de éste. (Engels, 1942, 381-2).

En la Europa medieval, las tres modalidades de “deportes” más importantes fueron los torneos, las competiciones con arco y los juegos populares. A pesar de las imitaciones entre las clases sociales, y de las variaciones entre países, tales “deportes” tendieron, por lo general, a ser específicos de clase: Los torneos estaban restringidos a los caballeros, el tiro con arco a los estratos medios, y los juegos populares, como su nombre indica, a la “gente común”. Aunque los torneos experimentaron un proceso civilizador —en el curso del cual se fueron poco a poco transformando en espectáculos pomposos de violencia “simulada” más que “real” (Barber, 1974, 19-30; Guttmann, 1986, 36)—, me centraré en la tradición popular, puesto que es de ella de donde provienen los deportes modernos civilizados como el fútbol o el rugby.

El fútbol y el rugby moderno descienden de una clase de juegos populares medievales que, en Inglaterra, tenían diferentes nombres como “football”, “camp ball”, “hurling” y “knappan”. Entre las variaciones continentales se encuentran “la soule” en Francia y el “gioco della pugna” en Italia.

En estos juegos, la pelota era portada, lanzada y golpeada con palos y a patadas. Los partidos se jugaban lo mismo por las calles de la ciudad que en el campo. El número de jugadores variaba, no estaba formalmente restringido, y algunas veces superaba el millar. No había igualdad en el número de contendientes de cada bando. Las reglas eran orales y localmente especificadas —por oposición a escritas, estandarizadas y sancionadas por un órgano de gobierno, central. Sin embargo, a pesar de estas variaciones locales, los juegos de esta tradición popular compartían al menos una característica común: todos ellos eran juegos-luchas que suponían la tolerancia consuetudinaria de unas formas de violencia física que han sido hoy prohibidas, así como un nivel general de violencia superior al que ahora se permite en el rugby, fútbol u otros deportes similares.

Para mostrar que las cosas eran así, utilizaré algunos fragmentos de relatos de los siglos XVI y XVII. Gracias, en gran medida, a los ataques puritanos —y a los contraataques de sus oponentes— sobre las recreaciones populares, estos dos siglos constituyen la más rica fuente de datos sobre tales juegos. A pesar de la contaminación ideológica que, como consecuencia, se deriva, los datos de siglos anteriores y posteriores confirman las fuentes de los siglos XVI y XVII. (Dunning/Sheard, 1979, 21-45) En resumen, estos juegos populares constituyeron una tradición cuya estructura sobre-

vivió varios siglos, y un considerable cuerpo de datos fiables apuntan el hecho de que, juzgados desde los estándares presentes, tales juegos fueron rudos y salvajes.

Se dice, por ejemplo, que en Chester se ha venido jugando, todos los Martes de Carnaval, un partido entre la Sociedad de fabricantes de calzado y la de tejidos desde “tiempos inmemoriales”. Sin embargo, en 1553, unas personas que fueron descritas como “poseídas por el diablo”, que habían venido, aparentemente, a tomar parte en el juego, provocaron “... muchos daños, algunas personas quedaron enajenadas, unos acabaron con sus cuerpos magullados y machacados, otros con sus brazos, cabezas o piernas rotas, y otros mutilados de otra manera o con sus vidas en peligro”. (Dunning/Sheard, 1979, 23).

A propósito del “hurling” que se jugaba en Cornualles en 1602, Sir Richard Carew escribió que el juego estaba “... acompañado de múltiples peligros... Como prueba de ello, cuando el “hurling” termina, los ves volver a casa como quien se retira de un campo de batalla, con las cabezas ensangrentadas, los huesos rotos y dislocados, y unas contusiones que acortan sus días...” (Dunning/Sheard, 1979, 27) Un año más tarde, Sir George Owen dijo del “knappan” galés que:

... en este juego se vengan enemistades privadas... (cosas) que son únicamente entre dos, dan lugar a que todas las personas se repartan en dos bandos, de forma que en ocasiones se ven a 500 ó 600 hombres indefensos golpeándose en el campo. (Dunning/Sheard, 1979, 28).

Al igual que en el caso del “hurling” de Cornualles, algunos de los participantes en el “knappan” lo hacían a caballo. Los hombres a caballo, escribió Owen, “tienen monstruosos garrotes de tres pies y medio de largo, tan grandes como sean capaces de llevarlos”. Sir Tomas Elyot, el discípulo de Erasmo y amigo de Sir Tomas Moro, proporciona más pruebas del salvaje estado de estos juegos. En su “Boke Named the Governour” (1531), Elyot condena el balompié (“foote balle”) por ser un juego consistente sólo “en furia bestial y en violencia extrema; por producir lesiones y, en consecuencia, hacer que el rencor y la malicia perduren entre los que resultan heridos; por todo lo cual, debe ser silenciado para siempre”. (Citado por Marples, 1954, 66).

De hecho, entre 1314 y 1667, las autoridades estatales y locales fracasaron, en más de 30 ocasiones, en su intento de prohibir estos juegos salvajes. En Francia, al menos hasta la Revolución Francesa, también se sucedieron las prohibiciones que, igualmente, fracasaron. (Elias, 1939) La siguiente descripción del "gioco della pugna" sugiere que las variantes continentales eran tan salvajes y rudas como sus correspondientes británicas. Se jugaba en el norte de Italia, principalmente con los puños, y era, se nos dice:

... a menudo poco menos que una batalla campal, un torneo en el que se luchaba con las armas proporcionadas por la naturaleza. Una versión todavía más ruda... tenía lugar cuando los "jugadores" se lanzaban piedras entre sí, un pasatiempo que fue honrado por la condena de Savonarola. En Perugia, la batalla anual a pedradas congregaba a un número de hombres y mujeres superiores al millar. Esta batalla alcanzó tal grado de violencia que, en 1273, las autoridades intentaron moderar la sangría amenazando con juzgar por asesinato a aquéllas que matasen a sus oponentes. (Guttmann, 1986, 52).

¿Cómo explicar las formas modernas de fútbol a partir de esta tradición popular violenta?. En Florencia, durante el Renacimiento, se desarrolló el "gioco del calcio", un juego deportivo más moderado y regulado, practicado por nobles. (Marple, 1954, 67; Young, 1968, 26). Pero éste también estaba vigilado en última instancia por hileras de hombres armados con picas, dispuestos a intervenir en el caso de que algunos de los jóvenes nobles contendientes, o algún espectador, se dejase llevar por la excitación de la lucha y perdiese su autocontrol. (Guttmann, 1986, 51).

Se ha sugerido que el calcio puede haber sido el modelo en el que se han basado el fútbol y el rugby, pero no hay ninguna evidencia directa de tal proceso de modelación y difusión. Parece, sin embargo, más probable que la formación de estos deportes fuese principalmente un proceso que tuvo lugar de forma autónoma en Inglaterra —entre otras cosas porque no se produjo hasta dos o tres siglos más tarde de la aparición inicial del calcio. Esto, al menos, coincide con el juicio del historiador y filósofo alemán Johan Huizinga quien, en su influyente libro *Homo ludens*, describió a este

país como "la cuna y foco de la vida deportiva moderna". (Huizinga en Dunning, 1971, 13).

Aunque en los siglos XVI y XVII hay uno o dos signos que muestran la aparición de formas más moderadas y reguladas⁽⁵⁾, todos los datos sugieren que éstas no se impusieron. En consecuencia, parece razonable suponer que el desarrollo inicial del deporte moderno en Inglaterra, en el sentido de un proceso que incluye la emergencia de formas deportivas a partir de las cuales pudieron producirse evoluciones más o menos continuas, tuvo lugar principalmente en dos fases que se solapan: una, que se inició en el siglo XVIII, en la que los miembros de la aristocracia y de la nobleza rural eran los predominantes, y otra, que comenzó en el siglo XIX, cuando los miembros de los grupos burgueses ascendientes se unieron a las clases terratenientes en los puestos dirigentes. Los datos sugieren también que esta estable institucionalización de formas deportivas con considerable potencial evolutivo dependió más de los cambios sociales más amplios, especialmente de las peculiaridades inglesas en la formación del estado y en los procesos civilizadores, que de las propiedades "per se" de tales formas deportivas emergentes.

Concretamente, durante el siglo XVIII aparecen formas más reguladas y civilizadas de boxeo, caza del zorro, carreras de caballos y cricket, mientras que, durante el XIX, se producen formas más reguladas de competición deportiva y, sobre todo, el inicio del desarrollo de formas más civilizadas de deportes con balón (pelota) tales como el fútbol, rugby, jockey y tenis.

Se puede afirmar que el creciente predominio de deportes con balón y de formas competitivas deportivas no violentas, sobre aquéllas en las que la presa es matada, representa un cambio "civilizador" de cierta importancia. Lo mismo que el hecho de que, al

(5) Carew, en 1602, describe una forma de "hurling" ("hurling to goales") que reducía el número de jugadores de cada equipo a 15, 20 ó 30 y que tenía unas reglas que limitaban la violencia. (Dunning/Sheard, 1979, 35). Igualmente, en 1561, Richard Mulcaster, "High Master" de St. Paul, recomendaba una reducción en el número de jugadores de los partidos de fútbol, la eliminación de algunas de las características más rudas del juego, junto con la introducción de un árbitro o, como dijo Mulcaster, de "un profesor-entrenador... que pueda juzgar el juego, y sea juez sobre las dos partes, y tenga autoridad para mandar...". (Dunning/Sheard, 1979, 37).

menos en los países no totalitarios, los deportes modernos se justifiquen cada vez menos en términos de preparación para la guerra y, cada vez más, como saludables, divertidos y constructivos "fines en sí mismo". Permittedme examinar con mayor detalle estas dos fases, especialmente la del siglo XIX.

Una hipótesis obvia para explicar la aparición del deporte moderno es la que relaciona dicho proceso con el hecho de que Inglaterra se convirtiese, durante el siglo XVIII, en la primera nación industrial del mundo. En otras palabras, sugiere que, probablemente, hubo algún tipo de conexión entre la "revolución industrial" y la "deportiva". Esta hipótesis sería acertada si no fuese porque, al enfatizar demasiado la significación independiente de los "factores económicos", cae en una simplificación excesiva. De hecho, es mejor concebir las "revoluciones" industrial y deportiva dentro de una transformación social global en la que, si algo predominó, fueron los cambios políticos más que los económicos.

Durante el siglo XVII, Inglaterra estuvo envuelta en un ciclo de violencia asociada principalmente con la guerra civil, el regicidio y la llamada "revolución gloriosa". (Elias en Elias/Dunning, 1986, 26 ss) Dicho de otra forma, el conflicto religioso y el problema generado por el intento de los Estuardo de instaurar una monarquía absoluta, fueron los causantes de que el monopolio de la violencia por parte del estado fuese severamente contestado durante dicha época. En el siglo XVIII, sin embargo, el monopolio de la violencia había sido restaurado —pero en unas condiciones que permitían que los grupos de la aristocracia y la nobleza rural gozasen de una mayor autonomía y poder que sus equivalentes de la Francia absolutista. Igualmente, por esos años, las pasiones se habían calmado y las luchas políticas comenzaron a ser conducidas por los partidos políticos, vía parlamento. La aparición de las primeras formas deportivas modernas se produjo en este contexto de una sociedad progresivamente pacificada y sujeta a formas, cada vez más efectivas, de control parlamentario.

Una prueba, en este sentido, la proporcionan los grandes paralelismos existentes entre los emergentes rituales de los partidos parlamentarios y los del deporte moderno. Cuando comenzaron a desarrollarse en Inglaterra en el siglo XVIII, ambos vinieron a implicar la aparición de fórmulas menos violentas de conducir las luchas y los conflictos. En otras palabras, no es que algún "factor

político" abstractamente conceptualizado influyese de alguna forma en el desarrollo del deporte, sino que los grupos gobernantes de la Inglaterra del siglo XVIII transformaron simultáneamente, y en la misma dirección, los aspectos políticos y ociosos de sus vidas.

La vertiente ociosa de este proceso supuso, como se desprende quizás con mayor claridad de la evolución del boxeo y de la caza del zorro, lo que Elias llamaría un "esfuerzo civilizador". (Elias, en Elias/Dunning, 1986, 22 ss) Más concretamente, el desarrollo del boxeo estuvo vinculado a la formación de un nuevo código de lucha que permitió a los "gentlemen" resolver sus "asuntos de honor", recurriendo cada vez menos a duelos con espadas y pistolas y, cada vez más, con sus puños solamente. Según el código de boxeo inglés, el uso de las piernas y pies estaba, a diferencia de en el "savate" francés,⁽⁶⁾ prohibido. Similarmente, y en contraste con las formas primitivas de caza, a partir del siglo XVIII, se exigió a los cazadores de zorros, miembros de la aristocracia y nobleza rural, que matasen los zorros "por poderes", es decir, a través de los perros. Ellos no tomaban parte directa en el acto de matar. (Elias en Elias/Dunning, 1986, 161-164).

La autonomía retenida por la aristocracia terrateniente y la nobleza rural constituyó, evidentemente, uno de los prerequisites de este proceso. Al contrario que a sus colegas de la Francia absolutista, se les permitió formar clubs y, generalmente, asociarse libremente. El hecho de que sus miembros más destacados no fuesen transformados en cortesanos y obligados a vivir permanentemente en la capital, sino que se les permitiese repartir su tiempo, más o menos equitativamente, entre la "estación de Londres", cuando se abría el parlamento, y la vida en sus propiedades rurales, también ayuda a comprender el tiempo y energía que fueron capaces de dedicar a sus entretenimientos deportivos rurales. Pero permittedme retornar ahora a la fase del siglo XIX, que vio la emergencia de la Asociación de Fútbol (F.A.) y de la Unión de Fútbol-Rugby (R.F.U.).

En contraste con sus ancestros populares y con los más avanza-

(6) He basado mi argumento sobre el boxeo principalmente en un artículo de Norbert Elias, todavía no publicado, que originalmente formó parte de su "Ensayo sobre Deporte y Violencia". (Elias/Dunning, 1986, 150-174).

los años 491, 498, 507 y 532 AD, en Constantinopla, se prendiese fuego al hipódromo de madera, lo que provocó que Justiniano construyese un estadio de mármol. La peor de estas revueltas fue, con mucho, la del año 532 AD cuando Azules y Verdes unieron sus fuerzas, rescataron a los prisioneros que estaban a punto de ser ejecutados, y fueron finalmente aplastados por el ejército con un coste aproximado de unas 30.000 vidas. (Guttmann, 1986, 32).

Sin negar la enorme tragedia que supusieron las 39 muertes del estadio de Heysel, Bruselas, en 1985, ni la de las 318 estimadas en el partido Perú-Argentina celebrado en Lima en 1964 —la peor catástrofe futbolística de nuestros días—, esta comparación proporciona una perspectiva de los hechos bastante diferente de la que emana si se los considera centrándonos sólo en la situación actual, ignorando completamente la historia de los deportes.

Pero ¿qué puede decirse de los “deportes” de la antigua Grecia? ¿Eran, como la mitología de nuestros días los presenta, menos violentos que los “deportes” de la antigua Roma? Aunque es difícil hacer juicios comparativos de este tipo, los datos ciertamente sugieren que eran considerablemente más violentos que los deportes modernos. Piénsese, por ejemplo, en el pancracio que, de acuerdo con Finley y Pleket, (1976, 40) era una combinación de lucha, judo y boxeo, y uno de los acontecimientos más populares de los Juegos Olímpicos griegos. Se dice que en el pancracio:

... los competidores luchaban con todas las partes de su cuerpo... estaba permitido sacarse los ojos... zancadillear a los oponentes, agarrarles por los pies, narices y orejas, dislocarles sus dedos y brazos, y aplicar estrangulaciones. Si un luchador conseguía lanzar al otro, tenía derecho a sentarse sobre él y a golpearle en la cabeza, cara y orejas; podía también darle patadas y pisotearle. Ni que decir tiene que los contendientes de esta lucha brutal resultaban algunas veces gravemente heridos y que no era raro que algunos muriesen. (Elias en Dunning, 1971, 99).

Otra prueba de la violencia en los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia proviene del hecho de que los “*hellanodikai*”, los “*managers*” de los Juegos, contaban con dos clases de ayudantes: los “*mastigophoroi*” o portadores del látigo y los “*rabdouchoi*” o

portadores de la porra, cuyo trabajo era mantener bajo control a competidores y espectadores. (Guttmann, 1986, 17) La necesidad de este tipo de funcionarios sugiere que las multitudes debieron de ser bastante ingobernables y que se requerían fuertes medidas externas de contención física. Una estimación de lo incontrolables que eran estas multitudes, la proporciona el hecho de que el *gamberrismo* y la *borrachera* en los Juegos Pitios de Delfos alcanzó tales dimensiones, que se prohibió a los espectadores llevar vino a los estadios. (Guttmann, 1986, 17). ¡Evidentemente, la presente prohibición de beber alcohol en los partidos de fútbol, promulgada por el gobierno británico, no es nada nuevo!

Los “deportes” de la antigua Grecia se basaban en el *ethos* de una nobleza guerrera. A diferencia de los deportes modernos, suponían una tradición de “honor” más que de justicia. Esto ayuda a explicar el alto nivel de violencia que se acostumbraba a tolerar en ellos. Este nivel de violencia estaba también en consonancia con la frecuencia con que las diferentes ciudades-estados iban a la guerra y con el hecho de que la vida dentro de ellas era generalmente más violenta e insegura de lo que lo es en las naciones-estados modernos. De hecho, una de las principales justificaciones de los “deportes” en la antigua Grecia era que servían como entrenamiento para la guerra. (Finley y Pleket, 1976, 113) Lo que también tendía a ser verdad en los “deportes” de la Europa medieval y de los inicios de la Edad Moderna ⁽⁴⁾. Ahora me referiré a estos últimos.

(4) Una excepción parcial en este sentido la proporciona el hecho de que, al menos en Inglaterra, se intentó prohibir los ancestros populares del fútbol moderno sobre la base de que, al tomar parte en ellos, el pueblo se alejaba de la práctica del tiro con arco, que se consideraba vital para los intereses militares de la nación. El rey Eduardo III, por ejemplo, promulgó en 1365 la siguiente orden:

“A los Sheriffs de Londres. Orden para proclamar que todo hombre físicamente capaz en esta ciudad, cuando disponga de tiempo de ocio los días de fiesta, debe en sus deportes usar arcos y flechas o balas y cerrojos... prohibiéndose, bajo pena de encarcelamiento, mezclarse en el lanzamiento de piedras, troncos y herrones, balonmano, fútbol... u otros juegos vanos y sin valor; Como las gentes del reino, nobles y simples, acostumbraban antes a practicar en sus deportes el mencionado arte, con la ayuda de Dios honraban al reino y favorecían al Rey en sus acciones de guerra; Y ahora, dicho arte está en un desuso casi absoluto, el pueblo se entretiene con los juegos anteriormente nombrados y con otros juegos deshonestos, improductivos o inútiles, por lo que el reino puede quedarse sin arqueros”. (Elias/Dunning, 1971, 117).

dos juegos deportivos pre-modernos como el calcio, el fútbol y el rugby ejemplifican los deportes más civilizados en al menos seis aspectos de los que carecían las formas más antiguas. Concretamente, el fútbol y el rugby moderno son más civilizados en tanto que implican:

- 1.- Limitaciones estrictas del número de participantes e igualdad numérica de los equipos que compiten.
- 2.- Especialización en torno a las prácticas de pateo, transporte y lanzamiento; unida a la eliminación del uso de palos o bates destinados a golpear a otros jugadores o a la pelota. Todos los que juegan, lo hacen a pie. En otras palabras, unas prácticas que, en la vieja tradición popular, estaban a menudo mezcladas de forma indiscriminada y peligrosa, acabaron siendo institucionalizadas separadamente tales como el fútbol, rugby, jockey y polo.
- 3.- Un órgano administrativo y legislativo centralizado, la Asociación de Fútbol, en el caso del fútbol, y la Unión de Fútbol Rugby, en el caso del rugby.
- 4.- Un conjunto de reglas escritas que exigen de los participantes el ejercicio de un estricto autocontrol del contacto y de la fuerza física, y que prohíben acciones como, por ejemplo, cortar a patadas o con llaves de brazos a los jugadores del equipo contrario.
- 5.- Sanciones claramente definidas, como el "tiro libre" o el "penalti", que pueden aplicarse sobre aquéllos que rompen las reglas. Además, como sanción máxima por violación seria y persistente de las reglas, está la posibilidad de expulsión de los jugadores.
- 6.- La institucionalización de roles específicos con el fin de controlar el juego, como los de "árbitro" o "juez de línea". A diferencia de los "portadores de látigo" y de los "portadores de porras" de los JJOO de la antigua Grecia y de los piqueros del calcio florentino, estos funcionarios de los encuentros deportivos no se apoyan en su fuerza física o en la amenaza de ella para asegurar el cumplimiento del juego como tal. Esto muestra claramente que el ordenado carácter de estos deportes modernos depende fundamentalmente del ejercicio de un gran auto-control por parte de los pro-

pios jugadores. Como corolario, parece lógico que discutir y, sobre todo, golpear a uno de dichos funcionarios sea considerado como uno de los actos más reprobables del deporte moderno.

Esta precoz civilización del fútbol y del rugby tuvo lugar dentro de un proceso social continuo. Dos "momentos" significativos de dicho proceso fueron la confección, en la década de 1840, de las primeras reglas escritas y la formación, en 1863 y 1871, de la FA y de la RFU. Voy a detenerme un poco en estos dos "momentos".

Las más antiguas reglas escritas del fútbol que han llegado hasta nosotros fueron elaboradas en la "Public School" de Rugby en 1845. (Dunning/Sheard, 1979, 91-94) El contexto en que se confeccionaron refleja, en miniatura, la formación del estado y los procesos civilizadores de la sociedad en general. Permittedme adentrarme en cómo sucedió.

Durante el siglo XVIII, la creciente usurpación de las "public schools" por parte de la aristocracia y la nobleza rural, se correspondió con una etapa de violencia en dichas instituciones educativas, cuya expresión más llamativa fue la frecuencia con que los chicos se rebelaron abiertamente contra las autoridades escolares. (Dunning/Sheard, 1979, 46-62). Entre 1728 y 1832, por ejemplo, las "public schools" de Eton y Winchester sufrieron cada una al menos siete rebeliones, mientras que la de Rugby tuvo al menos cuatro. Es apropiado denominar "rebelión" a estos disturbios puesto que las revueltas de 1797 y 1818 en Rugby y Winchester dieron lugar a la "Riot Act", y sólo pudieron ser aplacadas por el ejército utilizando bayonetas y espadas.

La primera escuela en la que las autoridades retomaron el control fue la de Rugby, bajo la dirección de Thomas Arnold. No es casualidad que las formas más reglamentadas y civilizadas de fútbol comenzasen a emerger conjuntamente con la regulación de las relaciones de autoridad, en particular con la aparición de un sistema de prefectos reformado y revitalizado. También es sintomático el hecho de que los chicos gozasen de un alto grado de autonomía a lo largo de todos este proceso. (Dunning/Sheard, 1979, 79-99).

Un objetivo importante de los chicos del sexto curso de la escuela de Rugby, que elaboraron las reglas escritas de 1845, era asegurar un control más estricto del contacto físico y del uso de la

fuerza física en el juego. Para tal fin, las reglas limitaron la práctica del corte (patada a las piernas del contrario) e intentaron prohibir también el uso de las llamadas "navies". Estas eran unas botas con canto metálico, algunas veces con salientes puntiagudos, que habían constituido una parte violenta del juego en Rugby y en algunas otras "public schools". Las "navies" habían sido usadas también en alguno de los ancestros populares del fútbol moderno; así lo sugiere, en 1831, el escrito anónimo y despectivo de un ex-etoniano:

No puedo creer que el fútbol sea en absoluto caballeroso ("gentlemanly"). Es un deporte al que la gente común de Yorkshire es particularmente aficionada; refuerzan firmemente con hierro las puntas de sus zapatos; y, con frecuencia, se ha sabido de muertes derivadas de la severidad de las heridas inflingidas. (En Dunning, 1971, 135).

A pesar de esta actitud negativa, distintas formas de "Wall Game" y de "Field Game" (variantes primitivas del fútbol que todavía hoy se juegan en Eton) estaban bastante bien implantadas en la escuela durante los años 1830-1840. De hecho, las primeras reglas escritas del fútbol-de-Eton se confeccionaron en 1849. (Dunning/Sheard, 1979, 98-99). Estas reglas materializaron, lo que es muy significativo, la primera prohibición absoluta que se conoce del uso de las manos y, por tanto, pueden considerarse como legisladoras de una forma embrionaria de fútbol. (El "Field Game" de Eton es, en efecto, un tipo de fútbol con una estricta regla de fuera de juego, tipo rugby, que prohíbe el pase hacia adelante).

Parece probable que el estatuto de rivalidad entre etonianos y rugbynianos está detrás de la incipiente bifurcación fútbol-rugby. Esta bifurcación sólo llegó a institucionalizarse de forma definitiva cuando la práctica del fútbol fue reconocida como una actividad legítima para los adultos "gentlemen", cuando los miembros de las clases medias y altas formaron clubes independientes con el propósito fundamental o específico de jugar al fútbol, y cuando, en conexión con todo esto, se formaron asociaciones con el objetivo de elaborar un marco de reglas nacionales comunes.

La primera de estas instituciones, la Asociación de Fútbol, se formó a partir de una serie de reuniones acaecidas en Londres en 1863. Los principales participantes en estos encuentros eran los ex-

alumnos de las "public schools" ("old boys") y otros "gentlemen". En un principio, su objetivo era el de elaborar un único código futbolístico. La mayoría estaba a favor de un deporte basado fundamentalmente en el pateo, del que se habría eliminado el corte/barrido (patada a las piernas del contrario). Sin embargo, los que apoyaban otras versiones, modeladas a partir de la forma de juego de la escuela de Rugby, preferían un deporte más rudo, basado principalmente en el transporte y el lanzamiento, y en el que la práctica violenta del corte/barrido al contrario conservaba un papel importante.

En consecuencia, estos últimos se retiraron y, en 1871, formaron la Unión de Fútbol Rugby. Los seguidores del rugby tomaron esta decisión debido, en parte, a un debate público en torno a lo que se percibía como violencia excesiva de sus códigos. Una de sus primeras decisiones, al adoptar un conjunto unificado de reglas, fue la de seguir el ejemplo del fútbol y prohibir totalmente el corte (mediante patada al contrario). He hablado de "códigos" del rugby, en plural, porque, antes de la unificación de 1871, existían considerables variaciones entre los deportes practicados por los distintos clubes y escuelas. Había incluso una modalidad de rugby que se jugaba con portero. (Dunning/Sheard, 1979, 113-122) Pero permitidme volver al punto principal de mi argumentación.

Los datos disponibles indican que las dos primeras fases en la evolución inicial del deporte moderno supusieron una transformación en el sentido de una mayor civilización. Esto quiere decir que los cambios experimentados en Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX por deportes como el boxeo, la caza del zorro, el fútbol y el rugby, acabaron por materializar la eliminación de algunas formas de violencia física, así como la exigencia general de que los participantes deberían ejercitar un autocontrol más estricto sobre los impulsos violentos y agresivos a los que el deporte sirve como vía central de expresión y que, en cualquier caso, están siempre dispuestos a aparecer en una actividad competitiva.

Además, como parte de estos cambios, deportes como el boxeo, fútbol y rugby, que implican formas de juego-lucha entre individuos y grupos, fueron sometidos al control de funcionarios que no sancionan con castigos físicos, sino mediante diversas penas específicamente deportivas que afectan negativamente a las posibilidades de que individuos y/o equipos se equivoquen. En todos estos aspectos, los deportes modernos difieren de sus equiva-

lentes en Grecia y Roma antiguas y de sus antecedentes de la Europa medieval y de los inicios de la Edad Moderna. En otras palabras, el desarrollo de los deportes modernos es una ejemplificación del proceso de civilización.

Sin embargo, el fenómeno del gamberrismo del fútbol proporciona una aparente contradicción en este sentido. Concluiré este artículo comentando algunos aspectos de la investigación realizada en Leicester sobre el llamado "mal inglés".

En 1890, refiriéndose a los ancestros populares del fútbol y el rugby, "supervivientes" en el siglo XIX, el etnólogo G.L. Gomme escribía lo siguiente:

Es imposible... contemplar estos feroces encuentros... sin llegar a la conclusión de que eran... no tanto partidos de fútbol como peleas locales; y, al observar que la localidad sustituye al clan, se refuerza la idea de que estos deportes modernos recogen las reliquias supervivientes de una organización y de unas condiciones de vida rural más primitivas, cuando los diferentes clanes se situaban en distintos bandos, siempre evocando sus distinciones tribales. (Gomme, 1890).

Salvo una o dos excepciones (el fútbol en Ashbourne, Derbyshire, en Martes de Carnaval y el "bottle kicking" anual, el Lunes de Pascua, entre Hallaton y Medbourne en Leicester), estos "supervivientes" populares han sido suprimidos o han desaparecido de forma espontánea. Sin embargo, para los propósitos del presente artículo, eso es menos relevante que lo sugerido por la descripción de Gomme: la posibilidad de que el gamberrismo en el fútbol de nuestros días, con su intensa expresión de rivalidades locales, sea quizás concebido como una forma, recurrentemente generada, de continuación urbana de la vieja tradición popular, aunque superpuesta y entremezclada de forma compleja con el mucho más regulado y civilizado deporte de la Asociación.

Los trabajos de Richard Holt sobre el deporte en Francia proporcionan interesantes apoyos a dicha hipótesis. Este autor muestra cómo, cuando el fútbol comenzó a popularizarse entre la clase trabajadora francesa en torno al año 1900, los estallidos de violencia de los espectadores fueron frecuentes en los partidos, y concluye

que "en las ciudades y en el campo, los jóvenes que se habían enfrentado anteriormente en combate abierto en los campos y en las plazas del mercado, comenzaron a congregarse en el estadio local con perspectivas de acción bastante similares". (Holt, 1981, 135).

Aunque, como es obvio, el fútbol no es el único deporte en el que tiene lugar la violencia de masas, los desórdenes violentos son ciertamente más frecuentes en contextos relacionados con el fútbol que con otros deportes. Una posible explicación diría que es una función del carácter relativamente no violento del fútbol (comparado, por ejemplo, con el rugby o el fútbol americano), esto es, del hecho de que el fútbol proporciona a los espectadores pocas oportunidades para experimentar, por delegación, violencia y agresión, y, por tanto, no les permite la descarga catártica de sus impulsos violentos.

Dicha hipótesis es, sin embargo, dudosa. Algunas formas de violencia deportiva de masas son una función de la intensidad de la toma partido por un bando y es difícil ver cómo puede el fútbol generar intrínsecamente niveles de vinculación partidista más altos que los otros deportes. Además, de acuerdo con Richard Holt, (1981, 135-6) en el sur de Francia ha sido el rugby, más que el fútbol, el que ha proporcionado tradicionalmente el foco principal de rivalidades entre "hooligans". Esta hipótesis se contradice también con el incremento, notado recientemente, de la violencia de masas en el fútbol americano.

De hecho, es más pausable suponer que la violencia es más frecuente en relación con el fútbol simplemente porque este deporte es el más popular del mundo —Lawrence Kitchin (1966) lo ha descrito como el único "idioma global" aparte de la ciencia—. Como tal, atrae no sólo más publicidad que ningún otro, sino también las multitudes más grandes que pertenecen, predominantemente, a las clases bajas. En otras palabras, la mayor frecuencia relativa en todo el mundo de la violencia relacionada con el fútbol, parece derivarse principalmente de su publicidad y del tamaño y composición social de su público. La comparativamente escasa violencia de masas relacionada con el fútbol en los Estados Unidos (donde este deporte continúa siendo minoritario y donde tantos jugadores como espectadores provienen fundamentalmente de las clases medias) es consistente con esta hipótesis.

— Pero ¿por qué debe ser más frecuente la violencia de masas en

el deporte al que asisten primordialmente gente de la clase trabajadora?. Con el fin de responder a esta cuestión, permitidme comenzar resumiendo los resultados de nuestra investigación histórica.

Dicho brevemente, los estudios llevados a cabo en Leicester sobre la historia del gamberrismo del fútbol en Gran Bretaña, muestran que el desorden de masas fue grande antes de la Primera Guerra Mundial; disminuyó en Inglaterra en el periodo de entre-guerras, aunque no así en Escocia; se mantuvo bajo en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial; comenzó a aumentar a mediados de los años cincuenta, para hacerlo más rápidamente a finales de los sesenta. (Dunning, Murphy, Williams, 1988).

Todas las formas de desorden de espectadores que son hoy evidentes —invasiones de terrenos de juego, ataques a jugadores y jueces, destrucción de propiedades, peleas entre grupos de hinchas— han venido sucediendo desde la década de 1870, en que comenzó a emerger este deporte profesional. Sin embargo, el predominio de las distintas modalidades de violencia ha estado sujeto a variaciones. Antes de la Primera Guerra Mundial, eran más frecuentes los ataques a jugadores y jueces; hoy, predominan las luchas entre grupos de hinchas rivales.

Esta nueva forma de actuación se corresponde con el hecho de que, desde los años sesenta, las secciones de los estadios de fútbol, las calles que lo rodean, así como áreas específicas de las ciudades donde se juega este deporte profesional, se han convertido en objeto de lucha entre la policía y las bandas violentas de la clase trabajadora. Para estas bandas, el fútbol constituye un importante foco de representación de rituales de masculinidad violenta en los que luchan por imponer su control territorial y por establecer el dominio físico sobre sus rivales. Por su parte, la policía intenta mantener el orden social impidiendo que estos rituales tengan lugar. ¿Cómo puede explicarse este proceso?

La formación de bandas callejeras tiende a ser una característica de las secciones más pobres y peor escolarizadas de la clase trabajadora. (Dunning, Murphy, Williams, 1988, 184-216) Por una parte, sus miembros suelen estar unidos a valores que, como marca de masculinidad, dan importancia a la habilidad y voluntad de luchar. Por otra, acostumbran a mostrar unos patrones de personalidad, producidos socialmente, que implican una forma particular-

mente intensa de identificación local y de grupo de iguales. Y, como corolario, tienden a no poder tolerar diferencias de origen, clase, género y raza.

Esta situación parece derivarse, en parte, de una tradición que envía a los niños a jugar a la calle, sin supervisión adulta. En estas condiciones, los niños tienden a interrelacionarse rudamente porque el nivel evolutivo de sus conciencias es muy bajo y dependen mucho de las limitaciones impuestas por los adultos. Además, en el hogar, los niños de la baja clase trabajadora suelen estar sometidos al castigo físico de sus padres con más frecuencia que los niños de estratos sociales más altos. Por tanto, crecen acostumbrados a dar y recibir, construyen jerarquías de dominación en las que aquéllos que son físicamente más fuertes y mejores luchadores gobiernan a los demás.

Durante la adolescencia, las chicas tienden a ser retiradas al hogar, dejando las calles como una reserva masculina, contribuyendo de esa forma a la formación de bandas callejeras de adolescentes varones. Estas bandas entran en conflicto de forma regular con grupos similares de comunidades vecinas, lo que refuerza su solidaridad interna y la agresividad de sus varones dominantes.

Otro refuerzo de la agresividad proviene de los modelos adultos disponibles en una comunidad de baja clase trabajadora, sobre todo del hecho de que el prestigio se concede localmente a los varones que pueden luchar. La lucha implica prestigio, se asocia con la autoestima y con los sentimientos placenteros, y conduce, de esa forma, a que tales varones desarrollen un deseo por las confrontaciones física y que las busquen activamente. Utilizando una analogía de la cibernética, puede decirse que una característica cultural dominante en las comunidades de la baja clase trabajadora sería este mecanismo de retroalimentación positiva que produce y reproduce masculinidad agresiva y bandas violentas.⁽⁷⁾ Pero, ¿cómo fueron atraídos estos grupos hacia el fútbol?

Antes de la Primera Guerra Mundial, los desplazamientos a

(7) Me he centrado principalmente en la agresividad masculina de los varones más que en la estrechez de sus modelos de identificación. Esta parece derivarse en gran medida de la pobreza y de las limitadas oportunidades culturales y educativas en una comunidad de la baja clase trabajadora. (Dunning, Murphy, Williams, 1988, 184-216).

otras ciudades eran relativamente escasos; en parte por ello, el desorden de las masas en el fútbol británico se debía más, en comparación con lo que sucede en nuestros días, a causas específicas del juego. De ahí que, en ese período, predominasen los ataques a los árbitros y a los jugadores del equipo contrario. El desorden disminuyó en los años de entreguerras debido principalmente a la mayor prosperidad y a la creciente incorporación de la clase trabajadora a los valores dominantes. Son los miembros de las secciones "más rudas" de la clase trabajadora, escasamente integrados todavía, aquéllos para quienes la masculinidad agresiva y la formación de las bandas callejeras constituyen la norma, los que, desde los años sesenta, han sido crecientemente atraídos hacia el fútbol.

Los desplazamientos siguiendo a los equipos y, con ello, el desorden de las masas, comenzaron a aumentar a mediados de los años cincuenta. Sin embargo, estas bandas fueron atraídas (de forma no intencionada) hacia el fútbol, en torno, sobre todo, a la fase final del Mundial de 1966, gracias a los reportajes sensacionalistas ofrecidos por los medios de comunicación de masas, que destacaban el deterioro de imagen que sufriría Gran Bretaña como consecuencia de la publicidad del creciente desorden de los espectadores ingleses. (Dunning, Murphy, Williams, 1988, 132-156) De hecho, en la fase final del Mundial de 1966, el gamberrismo fue escaso. Sin embargo, dichos reportajes funcionaron como profecías que se autorrealizan ya que, la inadvertida presentación del fútbol como un contexto de lucha y de acción excitante, contribuyó a atraer hacia él, de una forma más regular, a las bandas violentas de las secciones más bajas de la clase trabajadora.

Y ha sido difícil conseguir que se vayan porque, desde su punto de vista, el fútbol es, en muchos sentidos, un contexto ideal. El deporte en sí es una forma de lucha e implica un fuerte ethos masculino. Predomina la clase trabajadora y los equipos profesionales son vistos como representantes simbólicos de sus colectividades. Además, dadas las grandes masas de espectadores, el fútbol profesional constituye un marco en el que es relativamente fácil escapar a la detección y al arresto. En último lugar, aunque no el menos importante, proporciona un grupo de extraños, el equipo contrario y sus seguidores, que entran regularmente en el territorio propio, donde son percibidos como invasores y objetivos a atacar.

Como corolario, puede decirse que estas bandas obtienen exci-

tación placentera de sus viajes e invasiones de territorios pertenecientes a grupos de hinchas rivales. Están comprometidos en una especie de juego de guerra. Uno de sus principales objetivos es moverse impunemente en las secciones del estadio que son "propiedad" de los hinchas locales y controlar momentáneamente los bares del centro de la ciudad y otras áreas protegidas por sus oponentes locales. Entre sus objetivos está también el de luchar y dominar físicamente a sus rivales o, al menos, hacerles huir. Para terminar, voy a comentar brevemente cómo han intentado las autoridades solucionar este problema.

Desde los años sesenta, las autoridades británicas han venido tratando el gamberrismo futbolístico principalmente con medidas punitivas y controles. Se ha recluso y segregado a los hinchas, se ha incrementado la presencia policial, la imposición de multas y los encarcelamientos. En los próximos dos o tres años, probablemente se ponga en práctica un plan de carnet de identidad nacional regulando la entrada a los estadios. Hasta ahora, sin embargo, este tratamiento en términos de "ley y orden" ha tenido relativamente poco efecto sobre los gamberros del fútbol, excepto para aumentar su solidaridad, desplazar sus actividades fuera de los terrenos de juego, y hacerles mejorar su organización y sofisticación en la evasión de controles.

El deporte ha quedado como atrapado en un ciclo de violencia y las actuaciones oficiales han tendido a agravar el problema, más que a aminorarlo. En este contexto, los controles y castigos efectivos son, naturalmente, necesarios.⁽⁸⁾ Sin embargo, parece poco probable que el problema disminuya mientras el enfoque dominante de las autoridades continúe siendo el de la ley y el orden.

Queda por ver si se les puede persuadir para que adopten medi-

(8) No quiero decir que los castigos y controles actúen como disuasorio en un sentido simple. Este no es un tema del que pueda decirse nada definitivo sin una mayor investigación. Quiero, sin embargo, sugerir, modificando uno de los argumentos de Durkheim en *La división social del trabajo*, que los castigos y controles están sujetos a ser considerados como necesarios por los grupos gobernantes, como un medio de reafirmación de los valores dominantes. Naturalmente, en la medida en que tales valores son aceptados por otros, como parte de la "hegemonía" de la clase dominante, las infracciones cometidas por grupos como los gamberros futbolísticos están destinadas a producir demandas generalizadas de castigo y venganza.

das más positivas. Pienso, entre otras, en medidas destinadas a reducir el énfasis machista en el deporte, a mermar su carácter de reserva de hombres; medidas cuyo objetivo sea proporcionar a los hinchas un sentido real como miembros de sus clubes, aumentando, por tanto, su responsabilidad así como la probabilidad de que las masas lleguen a autovigilarse; medidas que traten de integrar a los clubes de una forma más efectiva en las comunidades locales, ampliando su utilidad como recurso comunitario; y, sobre todo, medidas educativas diseñadas para alejar a los gamberros de la violencia y para proporcionarles oportunidades de obtener satisfacciones placenteras a partir de actividades socialmente más aceptables.⁽⁹⁾

Por el momento, todo parece indicar que las autoridades no parecen dispuestas a cambiar su forma de actuar. Una ideología de pragmatismo está profundamente enraizada en la cultura británica, quizás de forma especial en la cultura del establishment político, y aunque los datos sugieren que los temas no son tan simples, los castigos y los controles tienen, al menos, la apariencia de ser prácticos. Sin embargo, a menos que se cambie hacia medidas más positivas, medidas que son prácticas en un sentido realista, basado en la investigación, parece probable que la espiral de violencia que estamos experimentando en el fútbol se perpetúe e, incluso, se agrave. De hecho, los datos recientes sobre "violencia rural", borracheras de cerveza y gamberrismo británico en la Costa Brava, sugieren que podemos estar cosechando los frutos de unas políticas (aplicadas sobre un amplio conjunto de áreas de la vida social Británica) desequilibradas, demasiado centradas en el principio de ley y orden. Permitidme concluir retornando a la teoría de los procesos civilizadores.

Por motivos todavía no estudiados, los movimientos pendulares regresivos-progresivos han caracterizado siempre el proceso de la civilización en Gran Bretaña y otras partes de Europa. En consecuencia, es imposible decir si en este momento nos encontramos al borde de un largo y profundo movimiento pendular regresivo o si estamos simplemente experimentando un transitorio "blip". Lo único que se puede decir con certeza es que, a no ser que se produzca una guerra nuclear o alguna otra forma de catástrofe ecológi-

(9) Medidas de este tipo están siendo probadas con cierto grado de éxito por clubes como el Millwall y el Preston.

ca, el escritor francés del siglo XVIII Holbach estaba en lo cierto cuando escribió: "la civilización no ha terminado todavía". (Elias, 1982) En otras palabras, aunque no constituya necesariamente un progreso constante, y aunque no haya ninguna garantía de que la tendencia dominante desde la Edad Media continuará en el futuro, la civilización es un proceso continuo que depende de las acciones no planificadas y entrelazadas de grupos contrapuestos pero interdependientes. Espero haber dado alguna idea de cómo, a través de nuestros estudios sobre la violencia en el deporte, intentamos continuar en Leicester el trabajo pionero de Norbert Elias sobre tales procesos. Con este tipo de estudios queremos contribuir a un mayor control humano sobre nuestras propias vidas, que son indisolublemente sociales, y a dar respuestas más efectivas a problemas como, por ejemplo, el del gamberrismo futbolístico.

Bibliografía

- ATYEO, D.: *Violence in Sports*, Paddington Press, New York and London. 1979.
- AUGUET, R.: *Cruelty and Civilization: the Roman Games*, Allen and Unwin, London. 1972.
- BARBER, R.: *The Knight and the Chivalry*, Boydell Press, Ipswich. 1974.
- DUNNING, E.: "The Development of Modern Football". En DUNNING, E. (ED), *The Sociology of Sport: a Selection or Readings*, Frank Cass, London. 1971.
- DUNNING, E./SHEARD, K.: *Barbarians, Gentlemen and Players. A Sociological Study of the Development of Rugby Football*, Martin Robertson, Oxford. 1979.
- DUNNING, E./MURPHY, P./WILLIAMS, J.: *The Roots of Football Hooliganism: an Historical and Sociological Study*, RKP, London. 1988.
- ELIAS, N.: *The Civilizing Process*. Vol. 1. *The History of Manners*. Vol. 2. *State Formation and Civilization*, Basil Blackwell, Oxford. (Se indica también la edición alemana de 1939). 1978-82.
- ELIAS, N.: "The Genesis of Sport as a Sociological Problem". En DUNNING, E. (ED), *The Sociology of Sport: a Selection of*

- Readings*, Frank Cass, London. 1971.
- ELIAS, N./DUNNING, E.: *Quest for Excitement: Sport and Leisure in the Civilizing Process*, Basil Blackwell, Oxford. 1986.
- ENGLES, F.: "Letter to Joseph Bloch, September 1890". En MARX, K.: *Selected Works*, Lawrance and Wishart, London. 1942.
- EYSENCK, H.J./NIAS, D.K.B.: *Sex, Violence and the Media*, Maurice Temple Smith, London. 1978.
- FINLEY, M.I./PLEKET, H.W.: *The Olympic Games*, London. 1976.
- FROMM, E.: *The anatomy of Human Destructiveness*, Penguin, Harmondsworth. 1977.
- GOMME, G.L.: *The Village Community*, London. 1890.
- GUTTMANN, A.: *Sport Spectators*, Columbia University Press, New York. 1986.
- HAHN, E./PILZ, G.A./STOLLENWERK, H.J./WEIS, K.: *Fanverhalten, Massenmedien und Gewalt im Sport*, Verlag Karl Hoffmann, Schorndorf. 1988.
- HOLT, R.: *Sport and Society in Modern France*, Macmillan, London. 1981.
- HUIZINGA, J.: "The Play Element in Contemporary Sport". En DUNNING, E. (ED), *The Sociology of Sport: a Selection of Readings*, Frank Cass, London. 1971.
- KITCHIN, L.: "The Contenders". En *The Listener*, 27-10-1966.
- MARPLES, M.: *A History of Football*, Secker and Warburg, London. 1954.
- MARSH, P.: *Aggro: the Illusion of Violence*, Dent, London. 1979.
- YIANNAKIS, A./MACINTYRE, T.D./MELNICK, M.J./HART, D.P.: *Sport Sociology: Contemporary Themes*, Kendall Hunt, Dubuque, Iowa. 1979.
- YOUNG, P.M.: *A History of British Football*, Stanley Paul, London. 1968.

Promesa y Problemas en el ocio y los deportes femeninos

(Jennifer Hargreaves)

Mujeres, ocio y deporte

Sin duda alguna, los hombres tienen mayor poder cultural que las mujeres. En el ocio en general, y en el deporte en particular, aquéllos dedican más tiempo y tienen acceso a un número mayor de actividades que éstas. El deporte constituye una parcela incomparable de la vida cultural en la que se fomenta el sexismo y en donde las mujeres están seriamente discriminadas. Sin embargo, aunque la construcción social de la mayoría de los deportes se basa en una larga e implacable historia de dominación masculina y de subordinación femenina, el poder masculino en el deporte no ha sido nunca absoluto. A finales del siglo XIX y principios del XX, se inició un despliegue gradual del deporte femenino, que se continuó durante el período de entreguerras y con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, y que se ha acelerado en los últimos años. El número de mujeres que deciden dedicar hoy sus horas de ocio a la práctica deportiva, y la variedad de deportes que realizan, son superiores al de cualquier otro momento histórico precedente. Este cambio en los perfiles deportivos de las mujeres está modificando las tradicionales estructuras masculinas del ocio y el deporte.

La interpretación más común de este crecimiento de las oportunidades de ocio y deporte para las mujeres presenta el proceso como un movimiento evolutivo progresivo en la historia de la